

conviene también, i no sólo conviene, sino que es necesario, regular i disciplinar esos movimientos. La dificultad está en conciliar ambos extremos. En resumen, el gobierno requiere autoridad i firmeza por una parte, i bondad i dulzura por otra.

Descendiendo a la práctica, lo primero de todo es saber lo que se manda, penetrarse bien de lo que se propone i de la necesidad del mandato, i expresarlo en tono afable i moderado, con claridad i precisión. Parecerá excusada esta advertencia, i sin embargo, ocurre a cada momento la necesidad de dar órdenes sin tiempo para la reflexión, i es preciso estar prevenido, ya para reprimir, ya para aprovechar la oportunidad de una disposición conducente a un fin útil.

Para esto se requiere cierta habilidad i resolución, i sobre todo, haber formado idea exacta de la disciplina, lo que suple los otros requisitos, porque con ese conocimiento no hai nada imprevisto, i se procede con aplomo, seguridad i desembarazo.

La persuasión, el convencimiento, sería el motivo más sólido i racional para cumplir una orden. Conviene hacer comprender a los niños los motivos para cumplir sus deberes, así como las ventajas o el provecho que ha de resultarles de su cumplimiento, pero no al dar una orden, ni como medio de decidirlos a someterse a ella. Su obediencia no admite duda ni discusión; consiste en someterse el inferior al superior; suple la persuasión i el convencimiento donde no son posibles. Cuando se reflexiona, se ofrecen dudas i dificultades, cuesta más trabajo someterse, i en realidad no hai verdadera sumisión, mientras que mandando con voluntad firme, ante una orden positiva, el niño, casi sin advertirlo i sin violencia, doblega su voluntad. Cuando no se manda con firmeza, cuando se ruega o se trata de persuadir, se opone resistencia i se hace ineficaz el mandato.

El maestro debe cuidar mucho del prestigio de su autoridad, haciendo comprender a los niños que él tiene el derecho de mandar, i ellos la obligación de obedecer, habituándolos a someterse a su voluntad sin más razón que por el derecho que a él le asiste de ordenar lo que considere conducente al fin de la escuela. Cuidese de ordenar lo que sea hacedero i conveniente; pero una vez prescrita una cosa, hágase cumplir con rigurosa

puntualidad, sin admitir observaciones. Si el maestro se equivoca, si encuentra razón para modificar la orden en algún sentido, no le faltarán recursos para subsanar el mal que pueda producir, sin que influya en fomentar la desobediencia, pues si los niños advierten que el maestro puede equivocarse o que cede por debilidad, pierde su ascendiente i predominio. Si en algunos casos se recomienda la indulgencia, si se cree conveniente explicar los motivos de alguna disposición, esto debe aparecer como espontáneo, no como resultado de reclamaciones, ni menos de exigencias, ni en favor de la desobediencia, porque sería en detrimento de la autoridad.

Debe tratarse a los niños con bondad, conversar con ellos con afabilidad i dulzura; pero esto no se opone a que cuando se ordena una cosa se haga en tono grave e imperativo, sin olvidar que la niñez no comprende ciertos consejos, i aun comprendiéndolos, es demasiado ligera i ardiente para seguir los que contrarian sus impulsos e inclinaciones. La autoridad i la firmeza interesan tanto a los gobernantes como a los gobernados.

Dice el pedagogo inglés Dunn: «No dé el maestro una orden que no esté dispuesto a hacerla cumplir. Dictar órdenes sin tiempo ni habilidad para llevarlas a cabo, i acaso sin intención de obligar a cumplirlas, equivale a inculcar la desobediencia. Si promete una cosa, que sus promesas no sean vanas; si dice que al descuido del deber seguirá inmediatamente el castigo, que sus palabras sean una verdad; si manda a un niño que haga esto o lo otro, tenga cuidado de que lo ejecute con exactitud. No olvidando jamás este importante principio, sea cauto en mandar i en amenazar. La deliberación es necesaria al que tiene que ejercer autoridad sobre muchos; mas no por eso debe confundirse esta prudente precaución con una lentitud perjudicial. La prontitud es el alma de la disciplina, i la persona que se entretiene pensando en lo que ha de hacer i cómo ha de hacerlo, puede estar segura de que cuando llegue la ocasión de obrar saldrá vencido.»

No quiere esto decir que haya de tratarse a los niños con dureza i sin piedad. Para hacerse obedecer no es el mejor camino la violencia, pues aunque se lograra una docilidad aparente por

un momento, sería a costa de los más nobles sentimientos, de la sinceridad, del respeto, del afecto, que por la perturbación del alma se convertiría en odio, disimulo, hipocresía. Por lo mismo que el mandato es una imposición debe suavizarse en lo posible para que sea aceptado sin repugnancia, facilitándolo i haciéndolo menos penoso, empleando al efecto fórmulas de bondad i de interés, lo que no se opone a la resolución de hacerlo cumplir. La dureza tiene siempre malos resultados en educación.

A este propósito, en un libro inglés antiquísimo publicado en 1573, después de la muerte de su autor, libro notable por sus consejos sobre educación i enseñanza, que hoy mismo puede consultarse con fruto, si bien por la época en que se escribió se dirigía al dómine más bien que al profesor de primera enseñanza, se lee una anécdota interesante e instructiva. El autor es Roger Ascham, profesor de la Universidad de Cambridge, secretario latino de Eduardo VI, maestro de latín i griego de la princesa que fué después reina Isabel, i de los hijos de Enrique VIII, el príncipe Eduardo i la princesa Isabel. La anécdota se refiere a la tan desdichada, como notable por su saber i belleza, Lady Juana Grey, la cual, después de subir al trono contra su voluntad por las intrigas del duque Northumberland, subió al cadalso a la edad de diez i siete años, sin que su juventud i su inocencia encontraran gracia ante María Tudor. Debiendo partir Ascham para Alemania acompañando al embajador inglés en la corte de Carlos V, quiso despedirse de Lady Grey a la que profesaba grande afecto. La encontró leyendo en griego el *Phedon*, de Platón, mientras que los padres, el duque i la duquesa, i toda la familia, hombres i mujeres, se hallaban de caza. En el curso de la conversación le preguntó Ascham quién le había inspirado ese gusto por el estudio, de que no participan las mujeres, i aun es raro en los hombres, i la contestación la refiere textualmente el libro en estos términos:

«Os lo diré, respondió, i al mismo tiempo os diré una verdad que acaso os sorprenda. Uno de los beneficios que Dios me ha concedido es el de haberme dado padres duros i severos i un maestro dulce i bueno. Cuando estoi en presencia de mi padre i de mi madre, ya que yo hable, ya que calle, que esté sentada o

de pie, que ande, que beba o que coma, que esté triste o alegre, que baile o que juegue, en fin, en todas circunstancias, yo debo proceder con número, peso i medida, i con tanta perfección como Dios al crear el mundo. Sin esto, se me reprende rudamente, se me amenaza con severidad, i ahora mismo se me maltrata, siempre, de tal manera, lo que no quiero decir por respeto a mis padres, que estoi como en el infierno hasta que llega la hora de la lección con el señor Elmer. Este me enseña con tanta dulzura, de una manera tan amable, sabe inspirar tanto interés en el estudio, que pasa sin sentir el tiempo que estoi a su lado. Cuando me llaman me echo a llorar, porque todo lo que hago, exceptuando el estudio, me disgusta soberanamente, me disgusta i me da miedo. Por eso encuentro tanto placer en los libros, i lo encuentro mayor cada día, a tal punto, que en comparación con éste todos los demás placeres me parecen insulsos i enojosos.» Juana Grey contaba entonces trece años de edad.

Ascham insiste mucho en la necesidad de educar a los niños con bondad, i de conducirlos con dulzura. Dedicó gran parte de su libro a este asunto, i censura con energía la dureza de los maestros de su tiempo que imponen castigos corporales a los niños por la menor falta. Algunos, dice, descargan su mal humor castigando a sus discípulos, cuando ellos debieran ser los castigados por su falta de razón. Refiere también que la idea de escribir su libro se la sugirió una conversación con el secretario de Estado sir William Cecil, el cual decía que los maestros castigaban más bien la naturaleza que las faltas de los discípulos.

Siglos antes, un santo varón que ocupa un puesto en los anales de la enseñanza sostenía análogas ideas. San Anselmo, de quien el autor de su vida nos transmite las palabras llenas de buen sentido i de bondad con que reprendía a un abad por los escasos adelantos de los discípulos de éste, a pesar de los castigos que les imponía continuamente. «I cuando llegan a hombres, replicó el santo, ¿qué son vuestros discípulos?» «Estúpidos como brutos,» contesta el abad. «Bella educación que convierte á los hombres en bestias, dijo el santo. No, hermano mío querido, no es ese el camino. ¿Qué habéis de conseguir de los niños

si ni tenéis paciencia, ni les mostráis afecto i sólo les inspiráis miedo?»

Estos i otros textos que pudieran aducirse de remotos tiempos i de todas épocas, demuestran que no hai razón para presentar como una novedad de nuestros días la recomendación de que debe tratarse a los niños con dulzura. Los consejos no faltan, lo que se necesita es que se pongan en ejecución, i en verdad es satisfactorio reconocer que no ha dejado de adelantarse mucho. Lo que hai es que en nombre de la libertad i de la independencia, proclamando la educación atractiva, recurriendo a multitud de expedientes i fantasías, todo se exagera, i en lugar de conseguir el objeto se debilita el respeto i se promueve la resistencia i la terquedad, porque se pretende casi pedir por favor o por medio de la súplica, la docilidad i el cumplimiento de las obligaciones de los discípulos. De aquí la verdad del adagio: *Ni todo lo viejo es malo ni todo lo nuevo es bueno.*

Lo que aconseja el raciocinio, de acuerdo con la experiencia i el buen sentido, consiste en establecer la armonía entre la firmeza i la bondad.

#### MANERA DE JUZGAR I TRATAR A LOS NIÑOS.

El gobierno de la escuela supone en el gobernante, además de las dotes de mando, el conocimiento de las disposiciones de los subordinados para apreciar la manera de entenderse con ellos, circunstancia en que importa insistir para la mejor inteligencia de lo que acaba de exponerse. Difícil es, cuando no imposible, penetrar en el secreto de la organización humana; mas a primera vista se advierte tan notable contraste i tal variedad de caracteres entre los niños, que no puede ocultarse la necesidad de apelar a recursos también variados a fin de dirigirlos con fruto.

Para entenderse con los niños lo primero es conocerlos mediante el estudio de sus facultades e inclinaciones, i de la marcha en su desenvolvimiento, lo cual enseña la pedagogía, i cuyo estudio completa la práctica en el ejercicio del Magisterio. Con la preparación o educación recibida en la Escuela Normal, sabe el

maestro, cuando va a encargarse de una escuela, que el niño es un conjunto de cualidades contradictorias al parecer entre sí, de modo que al lado de las más apreciables, de las que inspiran afecto i simpatías, se manifiestan instintos i tendencias de maligna índole; sabe que el niño es ingenuo, candoroso, de carácter puro i sensible, a la vez que inquieto, enemigo de la sujeción, curioso, i lo que es peor, terco, obstinado, egoísta, i que a veces descubre perversas inclinaciones. Sabe asimismo que el niño carece de experiencia, i se presta sin dificultad a la dirección que se le imprime; que es débil i reconoce la necesidad de auxilio, que principiando a desenvolverse las facultades, son flexibles i pueden doblegarse i dirigirse en buen sentido, que en aquella tierna edad puede enderezarse lo que se tuerce, i que de un niño aturdido i atolondrado, i aun maligno, puede hacerse un niño sensible i razonable.

Esto, que enseña la teoría, lo confirma la práctica. Nadie como el maestro tiene ocasión más propicia de estudiar la naturaleza humana, porque se ofrecen a su vista los caracteres más variados; porque observa i aprecia el desarrollo de las facultades, inclinaciones i tendencias de sus discípulos día por día, grado a grado; porque ve cómo el desobediente se hace sumiso i aplicado; cómo uno que parece torpe en un principio, demuestra luego superior talento, mientras que otro que promete mucho, va perdiendo insensiblemente sus fuerzas i facultades; porque tiene ocasión de advertir i explicarse otras anomalías no menos sorprendentes para los que desconocen la naturaleza humana. A fuerza de cotidianas observaciones, con la vista fija en el presente i en el porvenir, llegan a distinguirse los niños por su carácter e inclinaciones como por su nombre, fisonomía i traje.

En educación, como en disciplina, conviene no olvidar un momento estas consideraciones, sobre todo, que el maestro trata con niños que llevan consigo los defectos e imperfecciones propias de la edad, i está encargado de corregirlas, no con advertencias secas, que marchitan las mejores disposiciones, no con esos razonamientos fríos que pudieran dirigirse a los adultos, sino poniéndose al alcance de todos, mostrando indulgencia o fir-

meza, según convenga. De otro modo, en lugar de dirigir a la niñez, pondría trabas al natural i espontáneo desarrollo de la misma, i no faltarían contrariedades i desazones. Tratándose de niños, el maestro debe descender hasta ellos, hablarles en lenguaje claro i sencillo, en el lenguaje de la niñez en lo posible, para comprender cómo sienten i cómo piensan. Ya que el discípulo no puede elevarse a la altura del maestro, éste debe descender hasta el débil o el pequeño, sin lo cual no cabe intimidad entre uno i otro, ni aquellas relaciones de que nacen la estimación i el afecto mutuos, ni hai medios para apreciar con exactitud el valor de las faltas i los de corregirlas. El beneficio no será sólo para los niños; el maestro lo disfrutará igualmente, acaso en mayor grado.

Por olvido, por ligereza, por aturdimiento, el niño repite sin dañada intención faltas ligeras por las que ha sido amonestado varias veces, i cuando se prescinde de que es niño, se atribuyen a malicia i se le amenaza i castiga con dureza. El pobre niño, culpable sólo de distracción, se considera tratado injustamente i se hace tímido, poco comunicativo, poco afectuoso, se disgusta del estudio, i llega a creer que la excesiva severidad con él empleada es efecto de mala voluntad por parte del maestro. De este modo se establece entre uno i otro una prevención que se agrava de día en día, pues que el maestro, ofuscado, lejos de reconocer su falta, imputa toda clase de defectos imaginarios al discípulo, i éste, como es natural, siente por momentos mayor aversión.

Este proceder, demasiado frecuente, que nunca es disculpable, que se explica, porque fatigado el maestro de repetidas amonestaciones acaba por perder la calma, tiene graves consecuencias, i ya que no pueda evitarse el mal, por lo menos debe recurrirse a los medios más a propósito para repararlo. El maestro que se deja arrebatar, pasado el primer momento debe volver en sí i procurar atraer al ofendido, librándolo de la penosa impresión que experimenta, para lo que bastará acaso una mirada benévola, palabras afectuosas, o alguna manifestación de aprecio. Con esto no compromete el maestro su autoridad, ni amengua el respeto que le es debido, que una cosa es obrar con firmeza

cuando así convenga, i otra extremar la severidad hasta el punto de infundir odios i prevenciones.

De poco ejercitada i desenvuelta inteligencia, de corazón sensible i ardiente, el niño no sabe calcular sus fuerzas i se hace grandes ilusiones. A veces no comprende bien lo que se le ordena, o no acierta a practicarlo, si no se le dirige i auxilia, i no es raro que con el mejor deseo, cediendo a sus impresiones o dejándose arrastrar de sus impulsos, ejecute una acción o emprenda un trabajo cuyas consecuencias no sabe apreciar. Promete conducirse bien, promete guardar silencio, i falta luego a sus promesas, no intencionalmente, sino por olvido i por no poder resistir a sus inclinaciones. Con el impulso de los sentimientos más nobles i generosos, por falta de raciocinio, forma proyectos i se propone acciones o trabajos tan dignos de elogio en sí mismos como faltos de sentido práctico, como de medios de ejecución, proyectos que hacen reír a los que desconocen la causa o el origen. El maestro debe saber distinguir entre sí los hechos que revelan dañada intención i los que proceden de ligereza, de atolondramiento, de ignorancia, i aunque debe reprimirlos, lo mismo los unos que los otros, sabrá mostrarse grave i serio cuando convenga, i usar de indulgencia con las faltas propias de la edad. Los proyectos que se inspiran en nobles fines, que descubren un corazón generoso, por quiméricos que parezcan, merecen respeto, sin perjuicio de hacer notar por medio de afectuosas explicaciones la imposibilidad de realizarlos. Burlarse de ellos, acogerlos con desdén, sería reprimir, ahogar en su origen los más bellos sentimientos del alma.

Los maestros de experiencia habrán observado que con la misma facilidad que emprenden entusiasmados una cosa, se desaniman i abaten por cualquiera contrariedad. Hoi se muestran dóciles i aplicados, i mañana u otro día inmediato cambian de conducta; la cosa más insignificante les produce buena o mala impresión i los anima o desalienta. Si esto sucede al hombre adulto, no habrían de preservarse los niños de tal propensión, con la diferencia que en ellos impresiona la circunstancia más insignificante. Teniendo esto presente, el cambio de conducta de los niños, que causaría sorpresa a los que no los conocen, se

explica con facilidad, i descubierta la causa, se remedia el mal a poca costa; algunas palabras dichas con oportunidad bastan para contener al que se extravía, o para reanimar al que se desanima o abate. Lo que para nosotros carece de valor i no produce impresión agradable ni desagradable, en los niños puede causar grande efecto. El maestro que sabe descender hasta sus discípulos, i distingue con claridad cómo sienten i cómo piensan, se da cuenta de todo i aplica sin trabajo alguno el remedio cuando hace falta.

Calcular las fuerzas i necesidades del niño, no sólo en teoría, sino también, i principalmente, en la práctica, i acomodarse en un todo al conocimiento que sus estudios i experiencia le hayan suministrado, es el medio de dirigirlos con provecho i con el menor trabajo i disgustos posibles. Si como las fuerzas i necesidades físicas, pudieran apreciarse las del entendimiento i las del corazón, todo sería fácil. Para enseñar a andar al niño, principiase por ensayos, tomando todas las precauciones imaginables, la madre le anima, le sostiene, le lleva de la mano, le levanta con cuidado i bondad para que no se desaliente, i le deja libre cuando sabe andar por sí solo, sin perderle de vista hasta que adquiere fuerzas i experiencia para marchar, dejándole por grados mayor libertad. De la propia manera deben dirigirse los pasos en el orden intelectual i moral. Lo que se hace por instinto con el niño respecto a los cuidados físicos, debe servir de ejemplo al maestro en la cultura de las facultades superiores de sus discípulos. Debe bajarse hasta ellos para llevarlos de la mano en cuanto lo han menester, i dejar que sucesivamente ensayen en más ancho campo las fuerzas, sin dejar de animarlos i sostenerlos para que logren vencer las dificultades que no puedan superar por sí solos. Para esto es indispensable estudiar las cualidades i defectos de la niñez en general.

El maestro, obligado a dirigir el conjunto de sus discípulos por medio de reglas generales, no puede, sobre todo en escuelas numerosas, seguir paso a paso el desarrollo de cada uno, i establecer reglas individuales. Hai, sin embargo, caracteres tan marcados i salientes, que se denuncian por sí mismos.

A nadie se oculta en una escuela cuáles son los niños de me-

nos capacidad intelectual, i cuáles los más sobresalientes, distinción que se ve muy pronto i de que desgraciadamente suele hacerse mal uso. Para el niño de mejores disposiciones, todo son bondades, estímulos, premios i recompensas; para los de cortos alcances, todo indiferencia, reprensiones i malas notas, contribuyendo así a atontarlos, a que se consideren más incapaces de lo que realmente son, cuando lo que necesitan son alientos, con los que acaso vencerían su rudeza, i salvados los primeros obstáculos, marchasen con desembarazo al nivel de los demás. Con este proceder se aprecian los resultados i no los esfuerzos para alcanzarlos, lo cual es manifiesta injusticia.

En el orden moral hai también circunstancias especiales que se distinguen a primera vista i que requieren distinto proceder. Al niño ligero no se le trata como al obstinado i terco; al tímido, como al atrevido i altanero, i en general, al que por su docilidad i buenas disposiciones, que se puede conducir con dulzura, como al de malos instintos, a quien ha de tratarse con severidad i hasta con rigor.

Cuando se conoce bien a los niños, descendiendo a su nivel para observar cómo sienten i cómo piensan, el maestro sabe la manera de juzgarlos i tratarlos, se ahorra muchos disgustos i sostiene la disciplina.

#### INDULGENCIA I SEVERIDAD.

En conciliar dos cosas al parecer opuestas i contradictorias, en armonizar entre sí dos extremos, en la alternativa, mejor aún, en la simultaneidad de la indulgencia i la firmeza, consiste el buen gobierno de la escuela, según queda dicho. Así se repite en todos los tonos, i con motivo de todas las instrucciones i consejos sobre educación i disciplina; así lo enseñan los que estudian i conocen a los niños; así lo comprenden los maestros, a quienes demuestra la experiencia que son compatibles ambas cosas, i que la una sin la otra produce fatales consecuencias. El asunto, sin embargo, es de tal interés i trascendencia, que bien merece descender a particularidades, aun a riesgo de incurrir

en nuevas repeticiones, porque todo depende del buen o mal uso que se haga de ambos medios de educación i enseñanza.

La indulgencia bien entendida atrae las simpatías, inspira confianza, gana el afecto de todos i alienta a los débiles en sus trabajos. Por el contrario, la indulgencia que revela descuido, abandono o debilidad, fomenta la pereza, da alas a los inquietos i revoltosos, deja a los menos fuertes a merced de los opresores, i por fin quebranta el ascendiente i las fuerzas del maestro.

La severidad es necesaria para reprimir el mal en cualquier forma que se presente; pero no debe traspasar jamás los límites de lo necesario, ni tener el aspecto de violencia o de fuerza bruta; antes bien debe templarse en cuanto no sea en perjuicio de los efectos que se intenta producir. Empleada con calma, se impone, es siempre eficaz, porque se comprende que no hai medio de resistirla. La severidad excesiva disgusta a todos, ofende a los buenos e irrita i hace obstinados i rencorosos a los malos en lugar de corregirlos, i promueve i excita el odio al maestro. Para que la educación sea provechosa, es requisito indispensable respetar i dirigir la acción libre i espontánea del niño, que es el medio de que adquiera éste el sentimiento de su personalidad, pues la misión de la escuela no es formar esclavos, sino hombres con los atributos de la libertad humana. Debe regularse la voluntad, pero sin violencia, ni rigor excesivo, que sólo conduciría a ahogar desde el germen los más nobles impulsos, además de que contra la voluntad es siempre impotente la violencia. Podrá sostenerse por momentos en la escuela el orden, la inamovilidad i el silencio por la fuerza; pero esta disciplina exterior, será a costa de la disciplina del alma, que es la más importante i la que influye en la verdadera disciplina.

Cuando se hace buen uso de la indulgencia i la severidad, el niño siente i aprecia su derecho a la libertad, a la vez que la obligación de la dependencia del superior.

Es indudable que el niño, con sus bellas i preciosas cualidades, que inspiran simpatías i predisponen en su favor, reúne multitud de defectos que desagradan, i lo es también que no piensa más que en el placer del momento; pero no es menos

exacto que suelen abultarse los defectos, en lugar de atenuarlos atendiendo a la causa o al origen. Si le contraría la quietud, si trata de evadir la regla, si procura excusar el estudio, si con el libro abierto o con la pluma en la mano no piensa más que en el juego, es cediendo al impulso de irresistibles inclinaciones, ya que no se diga necesidades. Más aún: hasta que se fortalece su razón, hace el mal a sabiendas de que lo es, pero sin comprender sus consecuencias, i sin saber por qué es mal. No por eso deben excusarse los defectos; pero deben combatirse con la razón, con dulzura, con las lecciones, con el ejemplo, i por tantos otros medios de que dispone el maestro, apelando por último a la severidad i al rigor, cuando los medios antes empleados son ineficaces.

Hai defectos que provienen de una educación descuidada, o de malos instintos, o disposiciones naturales por efecto del germen oculto en el corazón, que nos han transmitido nuestros primeros padres, i estos defectos es preciso combatirlos sin tregua ni descanso, haciendo todos los esfuerzos para desarraigarlos. La cólera, la falsedad, la envidia, el egoísmo, la inclinación a hacer mal, la perversidad i otros defectos de la misma índole no merecen indulgencia; es preciso, si el niño no cede ante el consejo i la reflexión, apelar al rigor i a la severidad, sin traspasar jamás los convenientes límites.

Cuando la escuela se halla bien organizada, distribuyendo el tiempo con acierto i graduando convenientemente el estudio, hai mucho adelantado para conservar el orden, evitar la distracción i las conversaciones, i obligar a todos al cumplimiento de sus deberes sin recurrir a medidas severas; bastará a veces para conseguirlo una mirada, un signo, una palabra dicha en tono afectuoso i grave a la vez.

El niño que da pruebas de buenos deseos, que ejecuta ordinariamente cuanto está de su parte para cumplir sus obligaciones, merece indulgencia cuando por cualquier motivo se distrae o descuida.

Las faltas que proceden de irreflexión o ligereza, o de que no se da uno cuenta, manifestando propósito de la enmienda, admi-

ten tolerancia, i en ocasiones conviene dejarlas pasar como inadvertidas.

Cierta mezcla de dulzura i severidad corrigen las faltas que no revelan mala voluntad. Los niños menores tienen derecho a especiales consideraciones, en tanto que se habitúan al orden i al trabajo para hacerles agradable la escuela. Debe dárseles instrucciones i órdenes claras i precisas por lo mismo que no se hallan aún en disposición de apreciar los motivos, i que su débil e indecisa voluntad necesita apoyo e indulgente dirección. Los mayores, i a medida que avanzan en edad, conviene que ejerciten sus propias fuerzas, su actividad personal, para fortalecer su voluntad, encaminándolos en buen sentido. Con estos niños caben las reflexiones i la explicación de ciertos hechos, pero sin perder el tono del que manda, del superior, i siempre que no se pidan con exigencia, i que no tiendan a eludir las órdenes. En todo caso la afabilidad i la indulgencia han de ser con la salvaguardia del respeto.

No debe extremarse la indulgencia haciéndose la ilusión de que el consejo es bastante eficaz para dirigir i contener a los niños, porque esto contribuiría a la insubordinación, i no habría disciplina posible; pero el exceso de rigor, las palabras i ademanes bruscos, el no perdonar ni las más ligeras faltas, produce también deplorables efectos. Las continuas reprensiones irritan a los niños, endurecen su corazón, sobre todo cuando las faltas proceden de ignorancia o de no acertar la manera de conducirse, porque creyendo que no se juzga con rectitud su conducta, se abandonan, pierden la confianza, i no hacen caso de correcciones, que ya no les causan impresión. Los maestros jóvenes son los más expuestos a caer en esta falta. No conocen aún bien a la niñez por falta de experiencia, no aprecian bien los defectos propios de la edad, i no les dispensan ni los más insignificantes, creyendo que así cumplen sus deberes.

La afabilidad i la dulzura tienen, no obstante, sus límites. Desde el momento que se advierte el propósito de desobedecer, aunque sea en la cosa más insignificante, a la indulgencia debe substituir la severidad; el maestro en tono grave i serio debe hacer sentir el peso de la autoridad. Tratándose de faltas gra-

ves, de malas inclinaciones, no cabe tolerancia alguna, es preciso combatirlas con firmeza i con rigor, pero sin llegar nunca a la violencia.

Un excelente escritor que se distingue más bien por su indulgencia que por su severidad, que demuestra entrañable amor a los niños, que excogita todos los medios de dulcificar la disciplina, se expresa, sin embargo, en estos términos:

*«Si el niño resiste i rehusa someterse, es preciso obligarle a plegarse, a fin de que obligado se someta a la lei, i se mantenga el orden. Que el educador no ceda jamás en este punto; que no retroceda en lo que ha decidido, que no se deje arrastrar a una culpable debilidad; porque una vez que se advirtiese que con la obstinación podría vencerse al maestro, desaparecería la lei de la escuela, arrebatada por la caprichosa voluntad de los niños.»*

#### AFECTO AL MAESTRO.

Hai escuelas a que los niños asisten con puntualidad i con gusto, mientras que hai otras a que van con repugnancia, a remolque, i desde que entran en ellas están deseando que llegue la hora de abandonarlas. Hai también maestros ilustrados que dan las lecciones con inteligencia, que explican cosas útiles, i, sin embargo, no obtienen resultados satisfactorios ni en la educación ni en la enseñanza; mientras que otros con menos instrucción i menos talento obtienen progresos en todos conceptos. Depende esta diferencia, sorprendente a primera vista, de especial habilidad del maestro para causar agradable impresión i atraerse las simpatías de los niños.

El maestro siempre severo, de carácter duro, que no perdona las más ligeras faltas, que no facilita el trabajo, que no auxilia a los que necesitan de su apoyo i protección, que no acierta a suavizar el peso de su autoridad, en vano será que espere hacer agradable su escuela; antes bien, inspirará repugnancia i aversión hacia ella. Por el contrario, ante el maestro de fisonomía afectuosa, que trata a todos con bondad, que se halla siempre al lado del que necesita sus consejos, todos le escuchan con atención cuando habla, i se apresuran a seguir las menores in-